

EN CAMINO AL BICENTENARIO

Nada humano nos es ajeno

Autor: Card. Errázuriz

Discurso

Categoría: bicentenario

Materia:

Estamos reunidos para reemprender un camino necesario, constructivo y vivificante. Precisamente aquel que han tratado de suprimir las ideologías totalitarias y ateas a lo largo de la historia. Una y otra vez se han propuesto una tarea imposible. ¡Recluyamos las iglesias y las convicciones religiosas a la sacristía! Ése es su lugar propio y no otro. Lo han proclamado así, porque creen que Dios no existe. Desde su posición se han dicho: Debieran avergonzarse de sus creencias, y refugiarse entre ellos en algún espacio oculto. No estaría mal que lo hicieran en las sacristías.

Por lo demás, hay creencias religiosas que separan absolutamente el ámbito de lo público y el ámbito de la fe. Piensan que Dios creó el universo y que lo echó a rodar, pero que no se ocupa de él. Si la persona humana sabe de la deidad tiene que reconocerla como un ser superior, y aun adorarla. Ha de expresar su reconocimiento mediante algunos gestos rituales; también levantando estatuas y símbolos dignos de veneración. Pero la vida social, política y económica debe regirse por sus propias leyes, averiguadas científicamente o convenidas; leyes que no tendrían nada que ver con la fe religiosa. Introducir en el orden civil categorías que tuvieran su raíz en un credo religioso sería un signo inaceptable de fanatismo.

Como lo constatamos, todo depende de dos preguntas ineludibles: ¿Existe Dios, existe Alguien que creó el cielo y la tierra? Y la segunda: ¿Quién es, cómo es ese Dios y Señor? Quién se acerque a una respuesta, sabrá para qué creó a los seres humanos, y qué espera de nosotros.

Para los cristianos, nuestras certezas más profundas, más existenciales se basan en la fe. Dondequiera que estemos; sean cuales sean las materias que tratemos y los proyectos que impulsemos. Lo mismo ocurre con los demás credos religiosos, que remontándose por la historia se encuentran en el Sinaí y, más atrás, en el relato poético de la Creación. Y entre los cristianos, no se choca nuestra fe en Jesucristo ni con la naturaleza ni con la verdad ni con la razón natural, que tienen su origen en el mismo Dios. Y quien haga memoria del estilo bondadoso de Jesucristo, de su admirable respeto a la libertad, de sus enseñanzas, buscando el bien de los demás, de su trato que dignificaba a la mujer y a los niños, reconocerá la sabiduría que brotaba de la divinidad y la humanidad de su persona y de todos sus actos. Nada humano le era ajeno. Tal extravío puede darse y se da, sin embargo, en sus discípulos, cuando se olvidan de Él.

Nuestra fe nos abre las puertas para ir al encuentro de Dios, de Aquel que nos creó y que no se olvida de nosotros. Nunca se ha desentendido de nuestra vida. Es el Pastor que nos guía, y que interviene en la historia. Por eso lo reconocemos como Dios de la vida y de la

historia. Lo llamamos Padre y Legislador. Y compadecido por el sufrimiento que nos acarrea vivir lejos de Él y enemistados entre nosotros, envió a su propio Hijo para liberarnos de todo lo que nos esclaviza y enfrenta, para sellar con Él y entre nosotros una alianza de amor y de paz. Su Espíritu nos vivifica y permanece entre nosotros como el vínculo que nos une al Padre y entre los hombres, como el alma de la reconciliación y la comunión, de la confianza y la convivencia, de la persuasión para peregrinar por los caminos del bien, y construir una sociedad de hermanos. Y es tal la riqueza de los dones que Dios nos ha confiado, que tenemos razones suficientes para vivir con mucha alegría y gratitud. No sólo eso, tanta luz acerca de sus proyectos son para nosotros un gran compromiso. No podemos optar por la comodidad, por la indiferencia o por el egoísmo. Tampoco por las cavilaciones y las lentitudes de quienes nunca emprenden nada por temor a equivocarse o a pagar el costo de unas decisiones audaces.

Digámoslo en pocas palabras: Dios puso en manos del hombre datos preciosos ya acerca de su creación. Puede escrutarla con telescopios espaciales o ingresando sigilosamente por los secretos de los mapas genéticos. Y podemos investigar leyes que no conocíamos acerca de la interrelación y la interacción entre los seres del universo y entre los elementos que los conforman. Y siempre que un creyente escruta con su inteligencia la verdad acerca de la naturaleza y de las relaciones humanas, y se acerca a ella con fe, su esfuerzo se transforma en un admirado encuentro con su Dios, en un acto de contemplación de su sabiduría y bondad, en una fuente de gozo, de paz y de honda gratitud.

Pero esos datos que están insertos en la misma naturaleza y en la interrelación de las cosas por voluntad del mismo Creador, no son tan sólo una invitación a disfrutar de tanta armonía y belleza. Son tareas. Dios creó al ser humano como hijo y colaborador suyo. Ser creados a imagen y semejanza de un Dios que trabaja por nuestra bien, que crea y recrea, que anima y que guía, que nos da su gracia, su inspiración, y que procura que vivamos y crezcamos como personas y como hermanos es una tarea, y es la cúspide de nuestra dignidad: **hemos sido creados no sólo para disfrutar de la felicidad de Dios, sino también para colaborar con Él, y para trabajar con Él: inspirando y cuidando la vida con Él, procurando que otros vivan y crezcan conforme a su dignidad, edificando la sociedad y compartiendo en ella los proyectos del mismo Dios.**

Sabiendo que su propia imagen peligraba, ya que la desdibujaba la ignorancia y la maldad, y sabiendo que la igualdad entre los seres humanos padecía y padece de continuas amenazas, Dios envió a su propio Hijo. En él aparecería de modo palpable la manera de ser y de comprometerse con nuestra historia del mismo Dios. Él sería el rostro sabio y amoroso del Padre vuelto hacia nosotros. Pero también sería el rostro del hombre, conforme al designio de Dios, vuelto hacia su hermano y hacia Dios, su Padre.

Y desde entonces tenemos nuevas energías para realizar los proyectos de Dios, y sabemos mucho más sobre el valor de nuestra vida como don de Dios: del valor de cada persona -del hombre, de la mujer, del niño y del enfermo-, llamada a ser imagen de Dios, por el cual Jesucristo entregó su vida; del valor de la convivencia entre los hermanos, que entre sí han de ser uno, como hijos del mismo Padre, de igual dignidad. Y sabemos más acerca de la vocación al amor y la solidaridad del ser humano, de la familia, de la Iglesia y de la sociedad. Su inspiración y su norma la encuentran en el amor que reveló Cristo, a través de

su propio compromiso con el bien de los hombres, especialmente de los más marginados y postergados. Y por los dones del Espíritu Santo, los padres de la Iglesia, hombres sabios y santos, nos han legado sus reflexiones sobre los designios de Dios. Entre ellos, uno de los más importantes para la convivencia humana se refiere a la posesión de los bienes de este mundo. Entregados a la humanidad por su Creador y su Dueño, nadie puede proclamarlos como propios. Somos administradores de los bienes de Dios. Y nadie puede adueñarse de ellos, ofendiendo a sus hermanos. Todos tienen derecho a poseer lo que necesitan para vivir dignamente. Y nadie es dueño de los bienes que no necesita, si sus hermanos están sumidos en la miseria. Profundiza nuestra libertad de conciencia el hecho de saber que somos hijos de Dios, nuestro Padre. En su compañía y ante sus ojos se desenvuelve nuestra existencia. A Él debemos dar cuenta de nuestra vida y de nuestros actos. No somos esclavos de nadie, y nadie tiene un poder soberano sobre nosotros. Somos personas que gozan de la gloriosa libertad de los hijos de Dios, y que jamás tienen el deber de obedecer a una autoridad humana, si con ello ofenden a Dios o al hermano.

No tiene la Iglesia, como Pueblo de Dios, ninguna opción a favor de un determinado proyecto político. Tiene, eso sí, una herencia extraordinaria y una historia fecunda de verdades y de valores acerca de la creación, de la vida humana y de la persona humana, del amor y la solidaridad, de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, de toda libertad, de la convivencia social, de los derechos y los deberes humanos, de la distribución y administración de los bienes, etc. Y fue duro el juicio de Jesucristo sobre ese administrador que no trabajó con los talentos que su Señor le había confiado

Ante este horizonte, nos duele nuestra patria. Todavía estamos lejos del proyecto hermoso de Dios, que trabaja por nuestro pleno bienestar. Estamos lejos de garantizarle a cada chileno y a sus familias una vida conforme a su dignidad. Estamos lejos de vivir la fraternidad que proclamó nuestro Señor. No se expresa suficientemente en el orden económico, tampoco en el político, en el social y el religioso. Vacilamos acerca de los valores más importantes de nuestra vida. Nos invade la sed de consumo y el afán de poseer, y nos colonializa un concepto de libertad que se desprende del bien y de la verdad. Sobrevaloramos autorrealizaciones que olvidan la amistad, la gratuidad, el servicio, el perdón y la reconciliación. En nuestra educación postergamos valores necesarios para ser más leales, más solidarios, más amantes del respeto, de la verdad y del diálogo, más capaces de construir la justicia, la confianza y la paz. Vacila la estabilidad de la familia.

Tenemos que preocuparnos de nuestra vacilante cultura y de las leyes que gesta. Y ante esta realidad, escuchamos las palabras de Jesucristo: Den gratis lo que han recibido gratuitamente (Mt. 10,8). Den a manos llenas lo que han recibido con tanta generosidad. **Nuestra misión es ser hombres, mujeres, jóvenes y ancianos llenos de esperanza, dispuestos a gestar iniciativas y proyectos de bien. Capaces de multiplicar mesas de esperanza.** Hombres y mujeres que no piensan con egoísmo en su propio bien, que no priorizan el bien de su grupo, que deponen diferencias legítimas en cosas secundarias, para mirar el futuro, para emprender proyectos comunes, aportando cada uno la riqueza de sus sueños, y su disposición a trabajar juntos por Chile.

Francamente, éste es un tema que nos preocupa hondamente a los Obispos. Y es por esto que le proponemos al país, y en particular a todos los constructores de la sociedad, en este año en que nos preparamos a la canonización de uno de los hombres que más trabajó por nuestra Patria, del P. Alberto Hurtado, un proceso de reflexión que vaya más allá de la preocupación por lo cotidiano e inmediato, que levante la mirada más allá del presente y se proyecte hacia el Chile que anhelamos para nosotros y las generaciones que nos sucedan.

Los obispos de nuestra Conferencia Episcopal queremos agradecer de manera especial a los laicos que han propuesto esta iniciativa que hemos hecho nuestra. Nos referimos a los integrantes de las Comisiones Nacionales de Justicia y Paz y de Laicos de la Conferencia Episcopal, quienes, desde su propia vocación de cristianos comprometidos en el orden temporal, han iniciado ya este urgente camino de diálogo que nuestra Patria nos reclama. Dando así los primeros pasos de los contenidos y las modalidades que este Documento de Trabajo le ofrece al país. Con ellos, invitamos a todos los católicos, a todos los cristianos y a los hombres y mujeres de buena voluntad a crear estas mesas de la esperanza. Se trata, como hemos dicho, de crear una verdadera escuela de diálogo en todas las diócesis del territorio nacional. Queremos dar con generosidad lo que hemos recibido, vivificando y enriqueciendo nuestra convivencia en la confianza que nos regala un diálogo abierto, pluralista y constructivo entre compatriotas. Diseñemos el país que anhelamos, respondiendo a los nuevos desafíos, enriqueciendo el alma de Chile.

Todo lo que es humano nos une, porque proviene de la mano de Dios. Con ese espíritu aportemos al crecimiento de un país solidario y fraterno, que hace suyos los proyectos de Dios y que recorre los caminos del bienestar, de la comunión y de la paz, pero para todos los chilenos.